



4 de enero de 1880

Debemos elevarnos por encima de todas las cosas terrenas por la virtud de la esperanza

Mis queridas hijas:

Al comienzo de un año que puede suscitar temores por lo que pueda suceder¹, en el que podemos y debemos esperar de Dios los bienes que pueda concedernos, las misericordias que pueda mostrarnos, algo me lleva a hablaros de la esperanza cristiana.

La esperanza es una virtud, y una virtud teologal. Su principio está impreso en nuestra alma. Es una de las virtudes que sólo podemos practicar porque Dios nos da la gracia de hacerlo. Está, en cierto modo, entre el cielo y la tierra, si se practica plenamente. Todos queremos tener una gran esperanza, pero no la miramos suficientemente desde el punto de vista que quiero desarrollar hoy, que es el de la virtud.

La primera actitud que debemos desarrollar ante la esperanza es la espera de la salvación eterna. Esta expectativa debe ser firme, confiada y basada sólo en Dios. No debemos confiar en lo que hemos hecho, sino en la gracia de Dios y en los méritos infinitos de la sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo. Esto es precisamente lo que hace que nuestra esperanza sea firme, pero al mismo tiempo debe ser sin presunción, es decir, debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para ponernos en camino hacia el cielo, y rezar a menudo para obtener la perseverancia final.

Esto es lo que, en la virtud de la esperanza, concierne a la salvación eterna, que es el punto esencial: esperar todo de Dios y de Jesucristo, rezar sin cesar para obtener la perseverancia final, ponernos de la manera más generosa y absoluta en el camino que lleva al cielo, tener una esperanza que no conoce el desaliento. Entonces podremos decir con David: *Aunque, camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo*².

En cualquier estado en que nos encontremos, en la consolación, en la prueba, en la tentación, debemos esperar todo siempre todo de Jesucristo, pero también, como decía el Padre Deplace, debemos dárselo siempre todo.

Ése es el primer punto de la esperanza. Hay otro lado, que se encuentra en la práctica más habitual de la vida. Para tener una gran esperanza, no debemos apoyarnos en las cosas temporales. Si miras en tu alma, no es tan fácil como parece al principio. Todos, tal como somos, estamos inclinados a apoyarnos en una cosa u otra. La Santa Iglesia, en el oficio de los confesores no pontífices, los alaba diciendo que no fueron tras el oro, es decir, que no edificaron sobre el primero de todos los bienes temporales, que es la posesión y el bienestar, sino sobre la piedra firme que es Jesucristo.

Pero no se trata sólo de poseer oro. Hay otras cosas en las que podemos encontrar apoyo. Tienes que mirar dentro de tu alma para ver si estás desprendida de ella, si amas la pobreza, que es la virtud correlativa de la esperanza. En primer lugar, la pobreza exterior en todas sus consecuencias, en todos sus efectos, en todos los despojos y privaciones que Dios pueda pedirte. Nuestro Señor no tenía dónde reclinar la cabeza. Si, por la persecución, nos vemos reducidas a la misma situación, es entonces cuando hay que ejercitar la esperanza. Debemos estar tan desprendidas de las cosas temporales que lo que se nos arrebatara no sea objeto de apego.

¿Queremos juzgar dónde estamos desde este punto de vista? Observemos nuestra vida ordinaria. ¿Estamos dispuestas a cambiar de casa fácilmente, a que nos manden al otro lado del mundo, a dejar todo lo que utilizamos?

¹ Perspectiva de disolución y expulsión de las Congregaciones religiosas.

² Salmo 22, 4

¿Hemos aprendido la gran lección de la indiferencia? ¿Estamos dispuestas a ponernos en las manos de Dios, como san Francisco de Asís, que se despojó hasta de sus vestidos y se alegró, en esta completa indigencia, de poder llamar a Dios su Padre? Si queréis tener una gran esperanza, tenéis que ser como el pájaro del cielo, como los lirios del campo, esperándolo todo de Dios, no aferrándoos a nada aquí abajo, dejando que os quiten incluso lo necesario, creyendo siempre que no habéis perdido mucho mientras sólo hayáis perdido los bienes temporales.

Hasta aquí lo temporal. También quería hablar de lo espiritual. Algunas personas (no muchas de nosotras) confían en una criatura. Confían en un confesor, en un superior, en una persona. Otras se apoyan en ciertos consuelos interiores, en sus luces, en sus capacidades, en su trabajo, en infinidad de cosas. Si se las quitaran, sentirían una desesperación y una angustia extremas.

Todo esto no es Dios: Dios es más que todo esto; no hay que tomar los medios por el fin, el fin es más que los medios. Da gracias a Dios que te los da, y si te los quita, espera otra cosa de su bondad. La verdadera esperanza, la verdadera confianza en Dios, consiste en ser siempre para Dios como un hijo lo es para su padre.

Pase lo que pase, un hijo siempre está confiado; siempre pedirá a su padre lo que necesite. Si su padre le pega, vuelve para echarse en sus brazos. Se deja cuidar y, mientras su padre esté con él, no le falta nada. Esto es lo que debemos hacer si queremos tener verdadera confianza en Dios. Debemos, en una esperanza firme, completa, sin ataduras, querer sólo lo que Dios quiere, no descansar ni en los bienes, ni en las cosas, ni en las personas. Sino descansar en nuestro Señor Jesucristo, que nos ha destinado a la vida eterna y que nunca nos fallará.

Esto me lleva al tercer aspecto de la esperanza, que es la conformidad absoluta con la voluntad de Dios. Cuando tenemos esta confianza en Dios, no sólo tenemos sumisión, sino la certeza de que todo lo que Dios hace es lo mejor para nosotras. "Yo estaba bien aquí, ahora me mandan a otra parte, es la voluntad de Dios, ¡bendito sea Dios! Yo tenía ojos, trabajaba, me pasaba la vida pintando y dibujando. Ahora me voy a quedar ciega: Jesús mío, ¡cómo te lo agradezco! Estaré más recogida, podré unirme más a ti". Es lo que dijo Mons. de Ségur cuando perdió la vista. Cada día da gracias a Dios por estas dos cosas: por ser ciego y por ser sacerdote. Es un alma llena de esperanza y de confianza en Dios, para quien el amor ha hecho fácil esta gran prueba.

Lo que he dicho sobre la vista, aplícalo a todo. Aplícalo a tu salud, a tus ocupaciones, a tus afectos, a tu honor, a tu placer, y verás hasta dónde puede elevarnos la esperanza, cuando nos arroja en los brazos de Dios como en los brazos de un padre amoroso.

La gran esperanza y la plena confianza en Dios son una gracia y un consuelo, pero son también una virtud. Si se deposita en nosotros por el bautismo, cuesta mucho esfuerzo hacerla pura y perfecta. Se ha dicho que las hijas de la Asunción deben elevarse por encima de todas las cosas terrenas mediante la fe, la esperanza y el amor.

Hoy hablamos de la esperanza, otro día podremos hablar de la fe y de la caridad, pero cada una de estas virtudes requiere siempre un trabajo por nuestra parte. Dios nos concede las virtudes a condición de que trabajemos para adquirirlas y de que renunciemos a todo lo que pueda impedir que se desarrollen en nosotros.